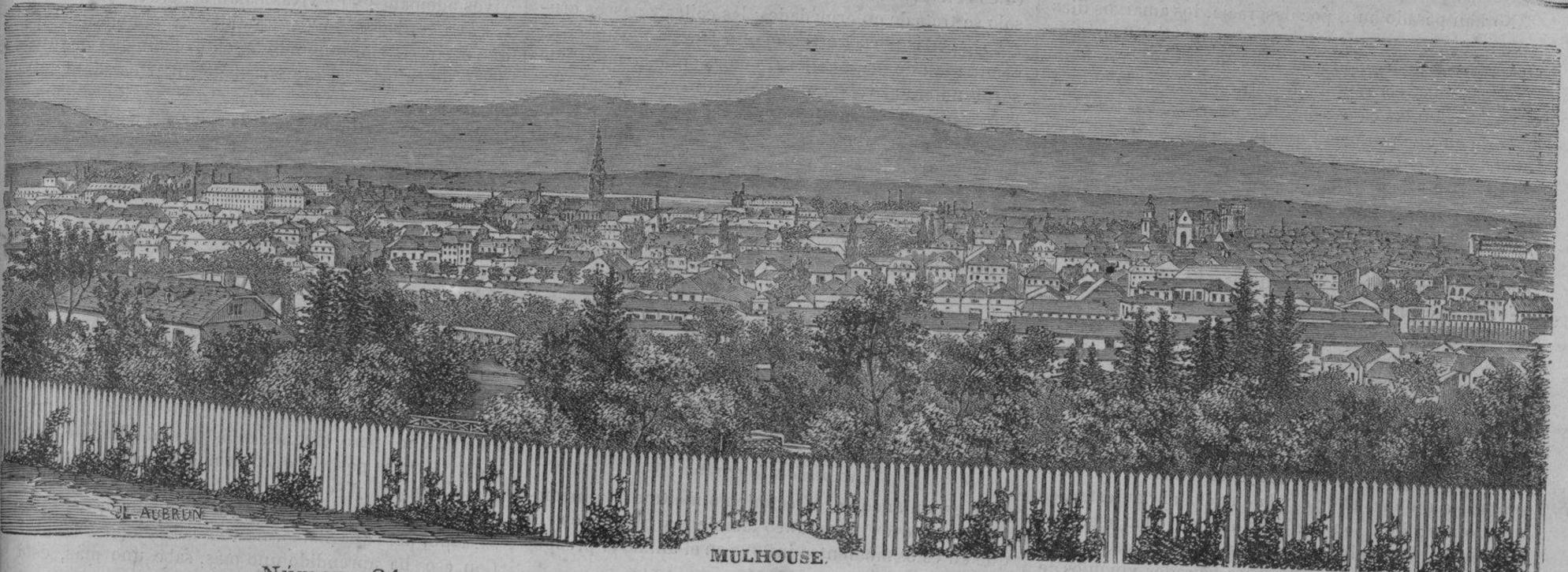


El Periódico ilustrado.



MULHOUSE.

Número 34.

DEL 26 DE OCTUBRE AL 2 DE NOVIEMBRE DE 1865.

ADMINISTRACION Y REDACCION. CARRETAS, 8, 2.^o
DESPACHO CENTRAL. CUATRO CALLES.



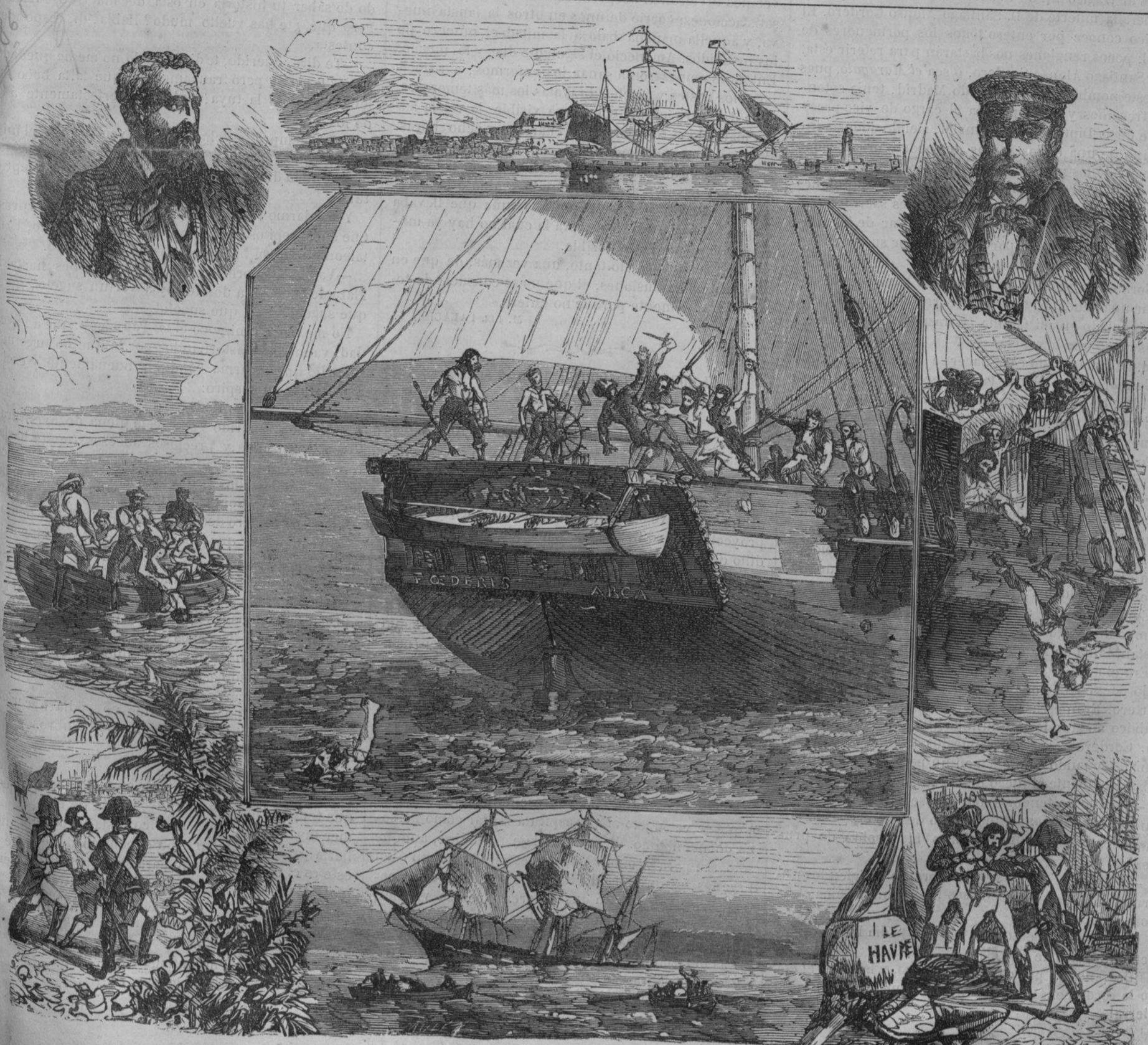
EL PERIÓDICO ILUSTRADO APARECERÁ CADA SEMANA.

Precios de suscripcion.

UN NÚMERO

Madrid. . .	Un año 24 rs.	Seis meses 12 rs.	} 4 cuartos en MADRID.
Provincias. Un año 28 »	»	Seis meses 14 »	
Ultramar. . .	Un año 80 »	»	

SUMARIO.—Revista de la semana, por Palacio.—El que todo lo quiere todo lo pierde, por Echevarria.—¿Digo, eh? por Blasco.—El drama del Foederis Arca, por Belza.—Cantares, por Echevarria.—Mulhouse.—Los ladrones de antaño y los de ogaño, por Belza.—Valparaiso.—Fiestas del 15 de agosto en Paris.—LÁMINAS: Mulhouse.—El Foederis Arca.—Fiestas de Paris.—Valparaiso.—El R. P. Félix.—Santiago Fosse.



EL DRAMA DEL FOEDERIS ARCA.

REVISTA DE LA SEMANA.

No han pasado aun, por desgracia, los amargos días que á nuestro pesar quitan á esta parte del PERIÓDICO ILUSTRADO la amenidad y el colorido de que en tiempos más felices la revestia nuestra imaginación; duran y se suceden las catástrofes con una rapidez que pasma, y con una profusión que justifica el terror de que Madrid se encuentra poseído.

No es esto decir que la epidemia no decrezca de una manera visible; nada de eso; el cólera que, según la oportuna frase de un amigo nuestro, se ha entretenido en segar unos cuantos días, está ahora espigando, y pronto habrá recogido toda su cosecha.

Pero al espigar, arranca de paso frutos y flores, y no respeta ni aun á aquellos benéficos arbustos cuya sombra consuela, y sin los cuales parecería la sociedad un campo estéril.

Bajo la impresión de dos sensibles desgracias escribimos la revista anterior; dos son también las que hoy tenemos que añadir á la dolorosa crónica de nuestros recuerdos. Eran aquellos dos jóvenes modestos, ilustrados, á quienes el arte y la ciencia abrían estensos horizontes; hoy son dos hombres de edad madura, opulentos, respetables, queridos, á los cuales, lo mismo que á los otros, nos unían los sagrados vínculos de la amistad.

Arrebatado el uno á la vida por una alucinación del momento; víctima el otro de la epidemia que nos combate, ambos llenos de comodidades y de ventura, han venido á morir solos, lejos de su familia, siendo triste ejemplo de la inconstancia del destino, y de lo poco que pueden contra la desdicha todos los favores de la fortuna. Ya comprenderán nuestros lectores que aludimos al trágico fin de D. Gregorio Mollinedo, y á la inesperada muerte de D. Santiago Alonso Cordero. El público conoce por entero todos los pormenores de aquel; pocos renglones nos bastarán para referir esta.

D. Santiago Alonso Cordero, ó sea *el Maragato*, pues con este nombre lo conocía todo Madrid, tenía setenta y tres años y desempeñaba el cargo de vicepresidente de la Diputación provincial, siendo además individuo de una de las juntas de socorro organizadas en favor de los pobres. Había sido diputado en numerosas legislaturas, distinguiéndose por sus opiniones liberales, que le habían costado grandes sacrificios, y válido dos sentencias de muerte, á pesar de las simpatías de que en todas partes gozaba por su honradez, y por la nobleza de sus sentimientos.

Llorando la pérdida de Cordero no hago yo más que pagar una deuda de gratitud, y corresponder á un afecto vinculado en mi familia, y transmitido de padres á hijos como una herencia.

El me había visto casi nacer; á mí me ha tocado verle morir. El niño que tantas veces jugara sobre sus rodillas, ha podido, ya hombre, cerrarle los párpados. ¡Así hubiera podido volverle á la vida, aun á costa de la mayor parte de la suya!

Pocos caracteres he conocido tan francos y tan expansivos como el del Sr. Alonso Cordero. Alegre siempre, aun en medio del peligro, que se había acostumbrado á desafiar desde joven; generoso hasta con los ingratos; leal hasta el sacrificio; desinteresado hasta la ruina empezó poniendo su fortuna al servicio de una idea, para concluir dando su vida por el cumplimiento de un deber.

Como rasgo de su carácter, y muestra al mismo tiempo de la agudeza de su ingenio, recuerdo en este instante una de las cien anécdotas en que figura.

Era el año 1843, y Narvaez sitiaba á Madrid, defendido por los nacionales que luchaban á favor de Espartero. Eran escasas las municiones; el entusiasmo público no grande; la inutilidad de la defensa conocida. Cordero recorría los puestos avanzados con sus amigos, cuando tropieza con un pelotón que contestaba débilmente al fuego de los sitiadores.

—Es que no tenemos más que seis balas, murmuró uno de los milicianos, indignado de que creyeran falta de energía, lo que era más bien sobra de prudencia.

—Animo, hijos míos, gritó Cordero dirigiéndose al grupo: cuando se acaben esas balas, fundiremos otras con onzas de oro.

Verdad es que entonces Cordero podía llenar un arsenal de balas de esta clase.

¡Descanse en paz el pobre anciano, y halle en el cielo la recompensa de los beneficios que sembrara en la tierra!

Fuera de estos tristes detalles, y de estos sucesos imprevistos, puede decirse que la crónica de Madrid está en blanco. Los teatros, pocos y casi desiertos, los cafés convertidos en academias de medicina, donde solo se trata de enfermedades; las calles y paseos cruzados apenas por alguna que otra pareja ó grupo, que camina tan de prisa como si temiese que la muerte le sorprendiera al volver de una esquina; los más bulliciosos círculos desanimados; la corte, en fin, siendo una sombra de sí misma, y poseída de un pánico que hace dudar si es este aquel *castillo famoso* del que se dijo tiempo ha *que al rey moro alivia el miedo*.

Sin embargo, fuerza es confesar que existen honrosas excepciones, y hasta personas que encuentran en el general conflicto asunto y base para sus elucubraciones cómicas.

Cualquiera que atraviere una de las grandes arterias de los barrios bajos de Madrid, puede ver una tienda en la que se fabrican cajas para difuntos, y en la que se ha improvisado una variada exposición, desde las de cuerpo entero hasta las de ciento en boca, sobre la cual se columpia un enorme cartel con este rótulo:

No perdais la ocasion.

Lo espontáneo del ofrecimiento me trae á la memoria otro nuevo, espontáneo también, y que prueba lo que en estos momentos influye en el ánimo la preocupación más inocente.

Todos saben que es opinión vulgar, que así que se declare el viento Norte debe desaparecer la epidemia; así es que mucha gente no tiene más ocupación que mirar las veletas, y medir por ellas los grados de su temor y su esperanza.

Esto sucedía en cierto barrio alto, en cuyo centro se destaca una iglesia, y que era de los más combatidos por la enfermedad. Tres ó cuatro días hace los vecinos tuvieron al despertarse las más grata de las satisfacciones; corrió de unos en otros la fausta nueva, y aquella mañana bajó á la mitad el número de los invadidos. Amaneció el siguiente día, y lo mismo. Entonces empezaron á sanar los enfermos, á regocijarse los tristes y á echar bravatas los más temerosos.

La desaparición del cólera era visible; la veleta había marcado el Norte durante cuarenta y ocho horas. Es más; sigue marcándole todavía. Un monaguillo de la iglesia es quien ha realizado este milagro. La noche en que el pavor era más profundo, subió á la torre, encaramóse en la aguja, y con una cuña que llevaba dispuesta, clavó la veleta, para la cual no hay ya mudanza de viento en lo posible.

Convengamos por lo tanto, una vez más, de que en este mundo de ilusiones, el que no se consuela de todo, es simplemente porque no quiere.

M. DEL PALACIO.

EL QUE TODO LO QUIERE, TODO LO PIERDE,

Ó LO QUE ES LO MISMO

EL QUE MUCHO ABARCA, POCO APRIETA.

Era uno de esos días del caluroso estío en que las calles de Madrid despiden fuego, en que ningún transeunte se atreve á abandonar la sombra benéfica que proyectan los edificios, por temor de coger un tabardillo de mortales consecuencias.

Todos saben lo que es la corte de España durante esa época rigurosa: un *chicharero*, un horno, una fragua, un volcán, un infierno abreviado, en fin.

De todos modos no se comprende la emigración que hacen la mayor parte de los que pretenden ocupar un puesto en el mundo elegante, llegada esa época del año. Y digo que no se comprende, no porque falte razón para abandonar á Madrid, y buscar los climas refrigerantes del Norte; sino que la emigración, más que por comodidad, se hace por moda; más que por higiene se hace por rendir un tributo inmerecido á la vanidad y al lujo.

Veranear es una de las imprescindibles necesidades á que se ve sugeto el que aspira á brillar como persona de buen tono. Hacer un viaje periódico, aunque solo sea para asomar las narices en Chinchón ó en Leganés, es un obligado lujo á que tienen que someterse las hijas de Eva que quieren hacerse visibles, más que visibles, notables, en la alta sociedad madrileña. Tanto valdría bajar á solazarse á las escuálidas riberas del Manzanares, cuando las brisas vespertinas refrescan la abrasada atmósfera.

Pues como iba diciendo, á las doce de uno de esos

días rigurosos, me encontré en los portales de la Plaza Mayor con un antiguo compañero de la infancia.

Pantaleón Tragin y Polvorosa era un hombre de 25 á 26 años, de mirada viva, de viva imaginación, de vivos ademanes y de vivas palabras; era lo que se llama una verdadera viveza ratonil: un hombre de esos que están en continuo movimiento como ciertos muñecos de resorte, y que por nadie ni por nada dejan de moverse, de agitarse, de repetirse, en fin, de marear al infeliz prójimo que pillan por su cuenta.

Diez años lo menos hacía que no veía á Pantaleón, y aunque mucho se puede variar en diez años, confieso que encontré á mi antiguo amigo tan tarabilla como el primer día que la suerte me lo deparó delante para tormento mío.

Pantaleón se me vino encima como un turbión, como un aguacero de esos que le ponen á uno de *chupa de dómine*.

—¡Adios mi querido Paco! ¿Cuánto tiempo sin verte, sin oírte, sin hablarte, sin saber de tus huesos? ¿Dónde diablos te metes; qué es de tu vida; qué te haces por esos mundos de Dios? ¡Estás bueno; has crecido mucho, pero mucho; estás piramidalmente crecido! ¿Pero es posible que no nos hayamos visto en tanto tiempo? ¡Y cuánto me he acordado de tí; de aquellos famosos días del colegio! ¡Ay, chico, todo pasa, todo; pero qué diablo, no viene el tiempo en valde! Con eso ha aprendido uno más, sabe uno más, está uno más...

—Pero hombre, escupe, escupe por caridad. ¿No ves que te vas á atragantar con ese cohete á la *congreve* de palabras con que te me vienes encima? Cálmate un poco.

Pero ca, ni por esas. Pantaleón seguía charlando y estaba á punto de ahogarme entre sus brazos con los trasportes de su efusión.

—Vaya, chico, cuéntame, cuéntame, que estoy ávido de saber tu historia en esta década transcurrida. Pero qué, ¿te has vuelto mudo? Habla, dí, responde, contesta.

—Te diré, querido, te diré: mudo no me he quedado á Dios gracias; pero francamente, ¿qué falta hace mi lengua cuando la tuya suple tan perfectamente á la de los dos?

—¡Tú siempre tan chancero! ya veo que eres el mismo de siempre; un mosquito muerta, un matalas callando. Bien dicen que génio y figura hasta la sepultura.

Y sin darme treguas para reponerme de la sorpresa que su estrepitosa aparición me había causado, Pantaleón enlazó su brazo con el mío y prosiguió.

—Vamos, es preciso que me acompañes hasta la Plaza de Isabel II á donde voy á ver un sugeto; ¡pero qué sugeto chico, que sugeto!

No me tenía á mi poco el tal Pantaleón, que á la verdad, ya me iba trastornando; por lo que no tuve más remedio que dejarme conducir buenamente y esclamar dando un suspiro:

—Hágase tu voluntad.

—Mi vida, querido Paco, está llena de aventuras, llena de extraños y preciosos sucesos que te harían reír. Por lo pronto te advierto, que como consecuencia lógica de todos ellos, estoy avocado á ser un hombre importante, un hombre de talla, lo que se llama una gran figura, quiero decir, un hombre que ha de figurar.

—Veamos en qué, contesté lacónicamente á mi amigo.

—He ahí una cosa de difícil explicación. Si me preguntas fijamente en qué, no sabré darte cumplida respuesta. Son tantas las fases que presenta mi halagüeño porvenir, tantos los cabos sueltos que tengo pendientes de mi fortuna, que el día que logre atarlos con fuerte nudo, puedo asegurarte que haré más ruido que Barceló por la mar.

A un cúmulo tal de desvarios no podía hacer otra cosa que lo que hice, encogerme de hombros y decir sencillamente:

—No te comprendo.

—Pues es muy fácil: y sino escucha los proyectos que tengo *in mente* y te convencerás de ello. En primer lugar pienso hacerme rico. Esta es la piedra miliaria para no estrellarse en el camino del infortunio; este es el primer peldaño para subir al pináculo de la gloria; la puerta, digámoslo así, para entrar en el templo de los honores y de las glorias mundanales.

Por primera vez oía explicarse á Pantaleón con un poco de buen criterio.

—Y bien, dije á mi antiguo camarada: ¿tienes pensados los medios para alcanzar eso?

—Aquí, para *inter nos*, me contestó, los tengo más que pensados, los tengo vencidos.

—¡Hola! ¡Hola!

—Como lo oyes.—Sin ir más lejos, ahora mismo caminamos *via recta* á la casa de un sugeto, padre de una linda joya; ¡pero qué joya, querido, qué joya!

—¿Con que es tan buena, eh?

—¡Figúrate que representa dos millones! ¡Cien mil duros!

—Ah! entonces no tenemos más que hablar, le contesté á Pantaleon.

—Yo, á la verdad, prosiguió, no le he dicho aun esta boca es mía; pero si encierran alguna verdad aquellos versos de que

Un alma enamorada
Cuando calla dice mucho.

Creo que sobre este particular nada tenemos que temer.

No estaba yo conforme con Pantaleon; pero á fin de no turbar sus ilusiones, le dejé proseguir en su relato sin oponer ninguna objecion.

—Ay, Paco! si consigo la mano de esa mujer y veinte mil duros con su mano, soy hombre feliz.

—Por supuesto, le manifesté yo, será buena, será virtuosa, será una verdadera joya en el alma; porque sino lo es en este sentido, francamente, Pantaleon, el dinero no constituye la bondad, no es la belleza que debemos buscar en la mujer.

—¡Tu, tu, tu!... Ya veo que estás montado á la antigua. Preciso es que no hayas salido de las faldas de tu madre en estos diez años que hace que no nos vemos. Nada, tendré que amaestrarte, que hacerte ver lo que es el siglo XIX.

No pude menos de sonreirme al escuchar las rápidas apreciaciones que sobre mi humilde persona hacia Pantaleon. Estaba visto, mi antiguo camarada era un parlanchin, un rayo para hablar y nada más.

Llegamos á la plaza de Isabel II, y ante una casa de regular aspecto detuvo Pantaleon sus pasos.

—¡Tambien es casualidad! me dijo bajando la voz; tiende la vista por uno de estos balcones, y conocerás al caro objeto de mis sueños.

Efectivamente, en un balcon del piso principal habia una señora como de unos treinta años, que á primera vistá me pareció horriblemente fea; despues rectificué, y ví que era aun más de lo que yo creia.

—¿Sabes, le dije á mi amigo, que tu presunta no tiene nada de Venus?

—¡Vaya! Eso es porque tú eres medio poeta, y los poetas sois muy exigentes. No es muy bella, no; pero tiene dos millones.

—¿Pero eso qué obsta para que su cara sea la cara de un *mico sarraceno*?

—Tiene dos millones, sí; y lo tendrá todo, todo, menos la belleza.

—Habrá que dejarte con tus manías. Digas lo que digas, ella es rica, y...

—Y algun tanto presumida, y si es si no es coqueta, me dije para mi capote, fijándome en el tocado estrambótico de la consabida, y en ciertas señas de inteligencia que hacia con cierto prójimo.

—Una prueba clara de que me ama es el ponerse á estas horas en el balcon; sabe que he de venir y me espera.

Y Pantaleon hizo un gesto de satisfaccion imposible de definir.

—Chico, me dijo, poniéndome la mano sobre el hombro, y tomando una actitud grave y protectora: te prometo que dentro de poco vas á ser rico: vas á salir de esa medianía insoportable que tanto me enoja.

—Pero, que á mí me agrada.

—Ya verás: ahora de un golpe voy á matar dos pájaros; la chica, ó lo que es lo mismo los veinte mil duros, y la influencia de mi suegro para establecer una casa de banca. Esto sin contar con un proyecto que bulle por mi mente y que me ha de hacer poderoso. Se trata de una línea de coches que concluya con todos los simones de Madrid. Además, pienso tambien establecer una sociedad de seguros mútuos y al par de ella una casa de giro; sin olvidar que la subasta de un ferro-carril está próxima y que quizá y sin quizá me quede con ella. Esto, por supuesto, te lo digo á tí en confianza. Más tarde, cuando haya realizado estos pensamientos, podré plantear otro de un periódico, del cual serás director, y tal vez funde como consecuencia inmediata una agencia editorial, y otras que en otra ocasion te explicaré.

Y Pantaleon se frotó las manos con indecible entusiasmo mirándome con ojos picarescos, y haciendo

muecas y contorsiones me dió un fuerte abrazo, y ligero como una ardilla se plantó en el portal de la casa, diciéndome:

—Lo dicho, dicho; ya nos veremos.

Yo me quedé estupefacto, sin saber qué pensar de aquel hombre relámpago.

Repuesto de mi asombro, giré sobre mis talones, y me dirigí instintivamente á la calle del Desengaño, diciendo para mis adentros:

—Mucho quiere, mucho abarca el amigo Pantaleon Tragin y Polvorosa.

II.

Pocos dias despues de aquel en que habia encontrado á mi antiguo camarada de colegio, me hallaba leyendo un periódico bajo los soportales de la Plaza Mayor.

Mi vista se perdía en aquel fárrago de sueltos y noticias, que suelen ser otras tantas cábalas inventadas por los paladines políticos. De pronto me sorprendió la siguiente gaceta:

«*Falta hace.*—Parece ser que D. Pantaleon Tragin y Polvorosa va á establecer una casa de préstamos, en la que además de admitirse alhajas, ropas, etc., se adelantarán mensualidades á los que perciban haberes del Tesoro y den las garantías correspondientes. El interés no excederá del 8 por 100.»

—Este chico es el demonio, dije soltando el periódico. Va á reasumir todas las sociedades, todas las empresas habidas y por haber.

Y cogí otro periódico para seguir apurando las noticias del dia.

Cuál no sería mi sorpresa, cuando despues de leer el artículo doctrinal, me eché á la vista el siguiente suelto:

«Dícese que va á aparecer en el estadio de la prensa un nuevo Semanario mercantil, del que será propietario D. Pantaleon Tragin y Polvorosa.»

No pude menos de echarme á reir.

Abandoné la sala de lectura para meditar á mis anchas sobre el carácter especial de aquel *factotum*, que todo lo queria y todo lo abarcaba.

No dejó de preocuparme en una porcion de dias la prodigiosa invectiva de mi amigo para llegar á ser un hombre notable, un segundo Crespo.

—¿Y quién sabe? Dije yo: otras cosas se han visto más difíciles. Entre tantos proyectos alguno brotará con feliz éxito, y realizará las ambiciones de Pantaleon. Allá veremos. Dar tiempo al tiempo.

Así pasó un mes, y otro, y otro, hasta cinco. Un dia, cuando menos preocupado estaba con los proyectos de mi amigo, le ví entrar cabizbajo y mohino en mi modesta habitacion.

—Dichosos los ojos que te ven. Amigo, los hombres de negocios sois insufribles, no os dejais ver por ninguna parte. Cuéntame de tu vida.

Pantaleon me miró tristemente, lanzó un suspiro, y con toda la calma del mundo cogió una silla y se sentó junto á mí.

Pantaleon habia cambiado. Aquel no era el mismo hombre que cinco meses atrás me llenó la cabeza de palabras, palabras, y palabras como dice Shakespeare en el *Hamlet*.

Me pareció oportuno respetar la actitud melancólica de mi amigo.

—¡Sabes, Paco, que estás divinamente en esta habitacion! Es un cuarto muy bonito. ¡Ay, querido, tú sabes ser feliz!

Aquel *introito* me pareció tan estraño, que hizo redoblar mi curiosidad.

—Mucho me estraña, le contesté, que siendo todo un elegante, todo un banquero, te fijes en las pueriles comodidades de esta pobre habitacion.

—Te ruego que no te burles de mí.

Dijo esto Pantaleon con una formalidad tal, que poco acostumbrado á notarla en él me quedé suspenso, sin atreverme á hablarle.

Pasaron unos segundos.

Por fin rompí el silencio.

—Hablemos como amigos, como lo que siempre hemos sido. Confieso que tu impensada visita y tu actitud, muy en contraposicion con tu carácter, me hacen vagar en un mar de dudas. Cuéntame lo que te sucede, sin desconfiar de mí. Ya sabes que te quiero.

Y apreté la mano que Pantaleon me tendió enterrecido.

—Mi historia en los cinco meses que hace que no nos vemos es muy larga de referir. He tenido muchos desengaños, muchos disgustos.

—No me pilla de sorpresa, le contesté á mi amigo.

Ya te indiqué que el dinero no es la verdadera riqueza, no es la verdadera felicidad. Te habrás casado con aquella joya de la que tantas alabanzas me hiciste un dia, y hoy no será estraño que el oro se haya convertido en cobre, la piedra preciosa en un pedazo de sucio y asqueroso vidrio.

—Mil veces preferiria eso á lo que me ha ocurrido. No, no, querido amigo, á mí me han pasado cosas más estupendas, más terribles.

Una idea cruzó por mi mente.

¿Habria hecho bancarrota mi amigo? ¿Se veria arruinado despues de contar con una fortuna? Esto seria efectivamente cruel, desgarrador.

—Tambien sabes que te dije, querido Pantaleon, que para ciertas empresas era menester mucha práctica y mucho tino. Tú tienes viveza, imaginacion, pero eres jóven, y quizás por alguna imprevisión habrás tenido que suspender tus pagos, habrá quedado exhausta tu caja.

—¡Ay, ojalá hubiera sucedido eso! ¡Cuánto mejor hubiera sido! Pero mis desgracias son mayores.

Confieso ingenuamente que me quedé alelado sin poder adivinar las desgracias de que era víctima Pantaleon.

Comencé á tener miedo.

¿Habria hecho alguna barbaridad mi condiscipulo? ¿habria cometido algun crimen?

Mi situacion era angustiosa.

Por fin, creí dar con el hilo del ovillo.

—Ya comprendo las vicisitudes y contratiempos por que habrás tenido que pasar, si te has lanzado á la vida periodística. Alguna denuncia, alguna multa, quizás algun desafío.....

—¡Ojalá, ojalá, querido amigo; pero no es nada de eso!

—Pues señor, no veo luz; le dije á Pantaleon encogiéndome de hombros.

—Pues nada mas sencillo, me contestó con voz compungida. Si yo hubiera encontrado en la joya de que te hablé, cobre en vez de oro y vidrio en vez de diamante; si yo hubiera hecho bancarrota ó hubiera quedado exhausta mi caja; si una recogida, una multa, un desafío, me hubiesen causado fatales contratiempos en mi vida periodística, era prueba, pero prueba irrefragable, de que habia tenido joya y casa de banca, y periódico y todo; pero, ¡ay querido! por mi desgracia no he tenido nada, nada absolutamente.

—¿Qué dices? exclamé viendo claro entre tanta sombra.

—Lo que oyes: que me he quedado *per istam*.

—Con que tu novia?...

—Me dió calabazas.

—¿Y tu suegro?

—Me despidió con cajas destempladas.

Por un movimiento estraño, de esos que no se pueden evitar, me alcé instantáneamente de la silla, y di un fuerte abrazo á Pantaleon.

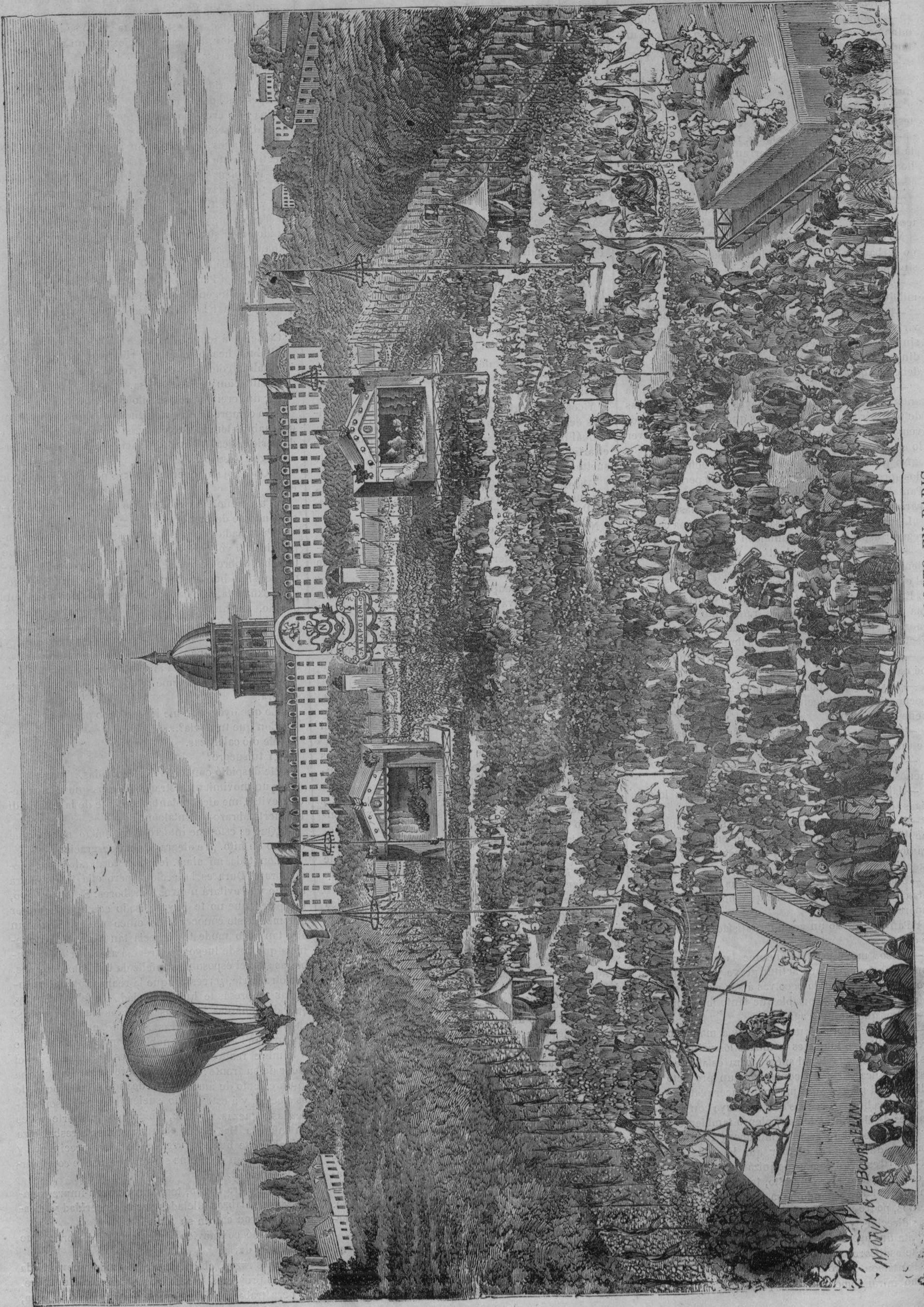
—¿Qué es esto? me interrogó mi amigo mirándome de hito en hito. ¿Te alegras de mi desgracia?

—Con toda mi alma, le contesté dándole un nuevo abrazo. Dura es la leccion, pero ella te enseñará mucho y te evitará nuevos sinsabores. Sí, amigo mio, me place que no te hayas casado con aquella mujer que me hiciste conocer hace cinco meses. Tenia un aire tan poco modesto; parecia tan vana, tan coquetueta que desde luego me atrevo á asegurarte que hubieras sido el esposo más infeliz de todos los esposos. Por otra parte, ¿crees tú, que la realizacion de tus infinitas empresas te hubieran dado la felicidad? ¡Ay, querido, cuántas lágrimas hubieras vertido quizás; cuántos suspiros hubieras ahogado en el fondo de tu corazon! Nada más noble ni más laudable que el hombre realice las aspiraciones legítimas con el sudor de su frente; pero se quiere basar la fortuna en un cálculo de amor, bastardeando el más puro de los afectos, y á este precio suelen hacerse insoportables las riquezas. Créeme, amigo mio, tu suerte no es tan infausta. Has estado en una pendiente resbaladiza que tal vez te hubiera arrastrado á un precipicio, y ahora te ves en el camino seguro que puede conducirte á la felicidad.

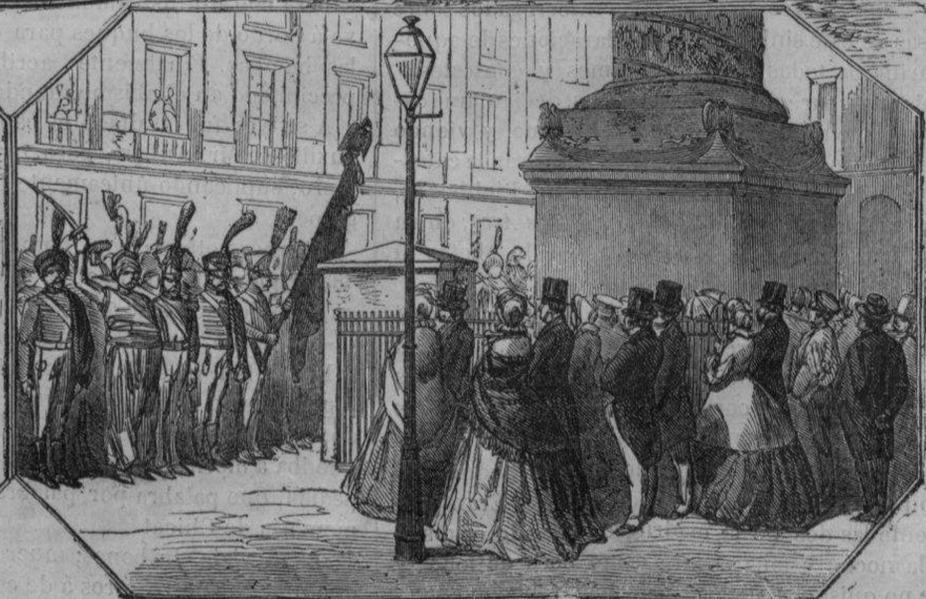
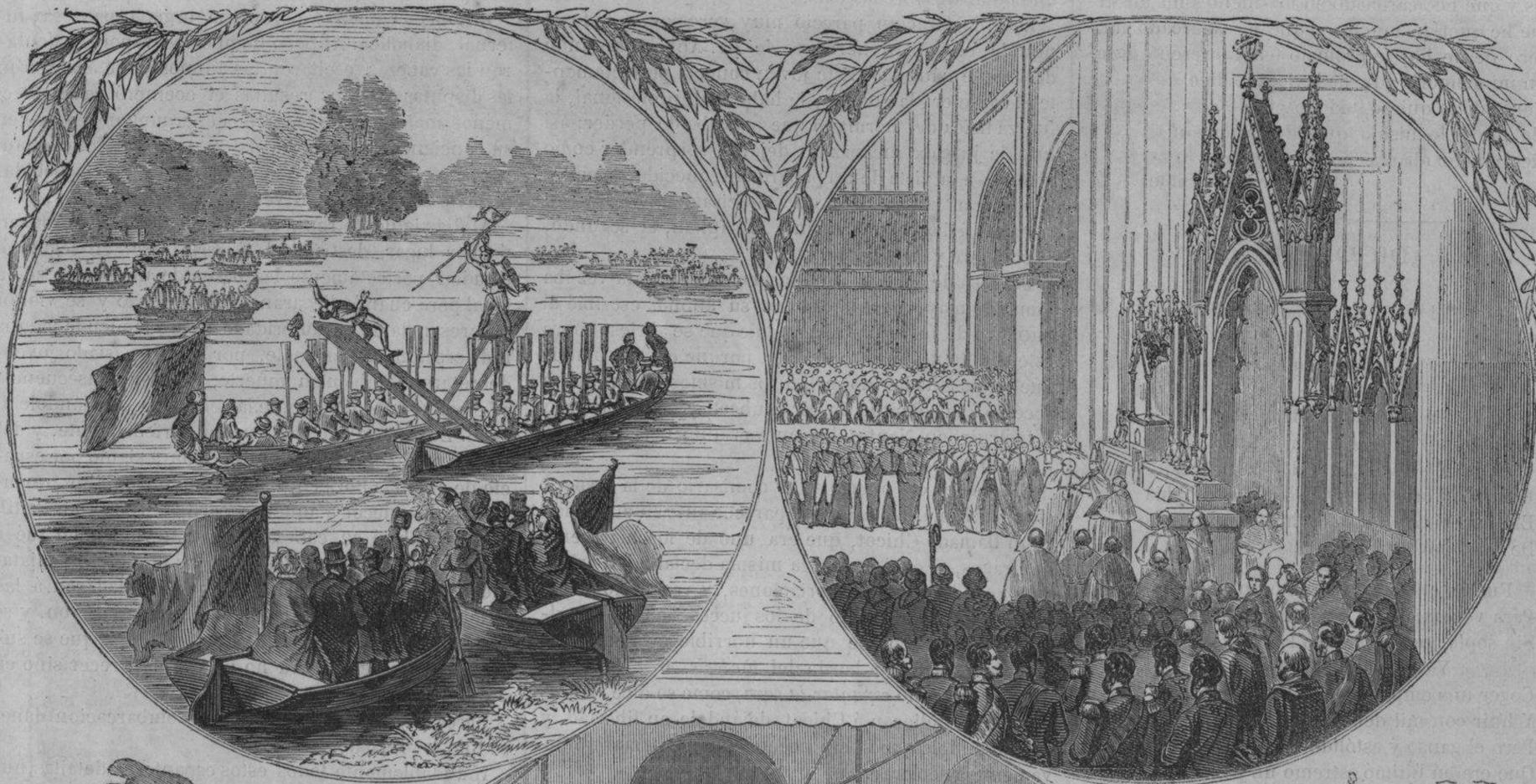
Pantaleon era bueno, tenia un corazon impresionable, y mis palabras, dictadas por la sinceridad y el cariño, hallaron eco en su alma.

Se levantó conmovido y me devolvió el abrazo que acababa de darle.

—Tienes razon, chico; desde hoy vida nueva. Nada de vanos proyectos y ambiciosos delirios. Trabajaré, sí; pero trabajaré formalmente y en una sola cosa,



FIESTAS DEL 15 DE AGOSTO EN PARIS.



FIESTAS DEL 15 DE AGOSTO EN PARIS.

para asegurar mi porvenir. Confieso que he tenido vértigos y que he acariciado en mi mente mil absurdos; que he querido mucho y que he abarcado mucho; pero desde hoy te prometo tener presente grabado en mi memoria aquel adagio que dice:

«Quien todo lo quiere, todo lo pierde.»

—O lo que es lo mismo, querido Pantaleon:

«Quien mucho abarca, poco aprieta.»

F. P. ECHEVARRIA.

¿DIGO, EH?

Estaba el buen Perico bostezando,
Casi tambaleando,
Pues era tal el hambre que tenía,
Que el pobre no veía.
Al pasar por la calle del Barquillo,
Trozó por su mal con un chiquillo,
Y el chico se cayó, y al dar de bruces,
Rompió el cristal mayor de los que había
En una, entre taberna y hostería,
De esas que aquí llamamos *Andaluces*.

Fuerza era ser un tonto ó un zoquete
Para ver impasible aquel boquete,
Sin soplar por su centro la cabeza
Y con mucha limpieza,
Coger una empanada ó un pastel,
Y huir con mil demonios, y con él.
Pero el ganso y estólido Perico,
Que era en último extremo un pobre chico,
Mirando los pasteles,
Dió tiempo á que llegaran dos lebreles
Sin honra ni amor propio,
Que á la muestra lanzándose de un brinco,
Hicieron de pasteles gran acopio,
Huyendo cada cual con cuatro ó cinco.

Salió en esto á la calle el pastelero,
Y como un caballero,
Llegóse á Pedro, y en lenguaje mudo,
Le atizó un pescozon morrocotudo.
Perico, cual la fiera acometida.....
Se llevó entrambas manos á la herida,
Murmurando con aire de modestia:
—Usted dispense! (si seria bestia!)
El otro, al verle así,
Gritó:—Guardias, á mí!
Y entre un municipal y el pastelero,
Fué Perico á dormir al Saladero.

Sea usted hombre de bien, tímido y probo,
Y aunque esté hambriento, no cometa un robo;
Vendrá un perro ó dos perros sin conciencia,
Harán lo que usted no hizo por decencia,
Y usted irá á un encierro
Llorando en sus adentros no ser perro!
EUSEBIO BLASCO.

EL DRAMA DEL FOEDERIS ARCA.

A fines del año 1864, *El Monge*, aviso de la marina imperial, condujo desde las islas de Cabo-Verde á Brest, varios naufragos franceses recogidos pocos días antes por un buque danés. Era la tripulación del *Foederis Arca*, que había partido de Cete el 8 de junio para Vera-Cruz y perecido en el mar. Interrogados sobre las causas de este siniestro, las declaraciones de aquellos marineros todas fueron unánimes y contestes.

«Habiendo aparecido en las bodegas, decían, una cala de agua que empezó á inundar el buque, y viendo que las bombas eran ineficaces para conjurar la catástrofe que nos amenazaba, el capitán, Mr. Richbourg, tomó la resolución de abandonar el *Foederis Arca*; en su consecuencia se botaron las lanchas y los botes al agua, y empezamos á embarcarnos.

«El capitán, el segundo Mr. Aubert, el grumete y el cocinero, debían embarcarse los últimos en la lancha ballenera; pero ocupados en recoger los papeles, los relojes, la brújula, el compás y otros varios efectos precisos, se descuidaron tanto, que cuando quisieron recordar el agua invadía la cubierta, y el buque fué tragado por las olas arrastrándolos consigo. Eran próximamente las dos de la madrugada cuando esto sucedía; la noche estaba oscura como boca de lobo, y aunque no quisimos alejarnos sin haber hecho cuantos esfuerzos son imaginables para salvar á estas cuatro víctimas, Dios no escuchó nuestras súplicas, y al

nacer el día únicamente vimos los despojos del buque que flotaban sobre las olas.»

Esta declaración pareció muy verosímil á todo el mundo, excepto al hermano de Mr. Aubert, segundo del buque naufrago. Este jóven conocía perfectamente el carácter, la energía, la habilidad profesional, la fuerza física del hermano que acababa de perder; así que, le juzgaba incapaz de dejarse sorprender como un niño á la vista de un peligro tan conocido. Además, le parecía inadmisibile que precisamente hubieran quedado á bordo únicamente el capitán, el segundo, el cocinero y el grumete.

Deseoso de aclarar una sospecha que cada vez iba tomando mayor incremento en su ánimo, escribió al ministro de Justicia suplicándole que se abriese sobre este asunto un nuevo sumario, porque él se prometía que los resultados no serian los mismos. El ministro accedió á la solicitud de Mr. Aubert, y se empezaron á instruir en Nantes las nuevas diligencias de este proceso.

El director del puerto y el comisario de la inspección marítima, hicieron comparecer ante su autoridad á un llamado Chicot, que era uno de los marineros naufragos, el cual repitió la misma declaración primitiva, pero con ciertas variaciones, y vacilando de tal suerte, que en el ánimo de los jueces penetró igualmente la sospecha de que un horrible crimen debía haberse cometido á bordo del *Foederis Arca*. Sin embargo, y para no espantar la caza, como se dice vulgarmente, despidieron á Chicot, dejándole en libertad, y previniéndole que si era necesario se le llamaria nuevamente á declarar.

Chicot regresó á su casa preocupado y en extremo pensativo, y su melancolía fué aumentando hasta el extremo, que preocupada su madre le preguntó la causa: «¡Pienso en mi pobre capitán! Dios no puede perdonarme.»

Finalmente, acosado un día por los remordimientos, y obedeciendo á las incesantes escitaciones de su conciencia, reveló á su madre todo el secreto, suplicándola fuese á referir al juez de instrucción uno de los más horribles dramas que han tenido lugar en los anales marítimos.

El navio, que, como por una terrible ironía se llamaba el *Foederis Arca* (Arca de Alianza), llevaba por tripulación una banda de demonios.

Conducía á Vera-Cruz un cargamento de *hulla* destinada á los buques del Estado. El sitio que quedaba disponible en la cala, fué ocupado con frascos de ajeno, vermout y otras bebidas alcohólicas, cuya fabricación es la principal industria de Cete.

Apenas en alta mar, empezó á notar el capitán Mr. Richbourg, y el segundo Mr. Aubert, que los frascos de licores iban progresivamente disminuyendo en su contenido. El primero reprendió á la tripulación, y el segundo la castigó con la severidad que en la marina es necesario emplear; de sus resultados la muerte de ambos fué decretada por aquellos monstruos.

En la noche del 5 de julio, los jefes del complot colocaron á Chicot en el timón y se agruparon en la proa, haciendo algun ruido para llamar la atención. Mr. Aubert se presentó el primero, y aun no había tenido tiempo de enterarse de lo que aquella escena significaba, cuando una docena de puñales se hundieron en su pecho, pero con tal fuerza, que algunas hojas saltaron en pedazos. Sin embargo, aun se defendió por algun tiempo, hasta que recibió un golpe en la cabeza con un instrumento ó barra de hierro que sirve á bordo de los buques para dar mayor impulsión á las bombas. Finalmente, acerbillado de heridas fué precipitado en el abismo, donde desapareció.

A su vez fué asaltado el capitán que avanzaba en auxilio de Mr. Aubert, pero tuvo que rendirse al número, suplicando únicamente lo matasen de un solo golpe.

Entonces otro bribon, llamado Lenard, que se había erigido en comandante, intercedió por él diciendo en tono de sarcasmo.

—Démosle gusto... al agua con él.

El capitán, en su consecuencia, fué arrojado al mar, y por espacio de mucho tiempo siguió al buque á nado, hasta que sintiendo que le faltaban las fuerzas y que iba á morir, dirigió á sus asesinos esta última despedida, que palabra por palabra quedó impresa en la memoria de Chicot.

«Buen viaje, bribones; muero con la esperanza de que ninguno de vosotros á de escapar á la justicia divina, y que vuestras cabezas serán cortadas por mano del verdugo.»

Terminadas estas terribles frases, desapareció para siempre entre las olas.

Entonces empezó á bordo una orgia espantosa, infernal, diabólica. Al poco tiempo los vapores calentaron las cabezas, escitaron los ánimos, y se acalaron las disputas. De sus resultados el cocinero, que era el ménos malo de todos aquellos energúmenos, y que en su conciencia le remordia el desastroso fin del capitán, escitado por el mismo remordimiento y por la bebida, resolvió suicidarse y lo verificó arrojándose al mar.

Al día siguiente reunidos en sesión, resolvieron en primer lugar, destruir el *Foederis Arca*; en segundo, estudiar perfectamente las bases de una declaración igual para cuando llegaran á tocar puerto y se vieran en presencia de las autoridades; pero temiendo alguna indiscreción del grumete, por ser demasiado jóven, decretaron también su muerte, y en su consecuencia se ejecutó inmediatamente la sentencia, arrojándole al agua. El pobre chico sabía nadar perfectamente, y del mismo modo que el capitán Richbourg siguió por espacio de algunas horas detras del buque maldito, procurando enternecer á aquellos caribes. Todo fué inútil: una ola cubrió su cabeza, y un nuevo crimen fué á ocultarse en el seno de las agitadas ondas. Inmediatamente horadaron la cala del buque, trasladaron á las lanchas y los botes los comestibles que pudieron, y se embarcaron, abandonando el *Foederis Arca*, que se sumergió lentamente para no volver á aparecer sino en despojos.

Cerca ya de la costa avistaron la embarcación danesa que los recogió.

Indudablemente todos estos espantosos detalles hubieran permanecido ocultos para siempre, y sin venganza la humana justicia, sin los sinceros remordimientos de Chicot, en los que indudablemente hallamos algo de providencial.

Por indicación suya, los agentes de la autoridad han ido prendiendo sucesivamente á Garbucia, en Marsella; á Lenard, en Auvers; los nombrados Trepant y Maruière en el Havre; y finalmente, el octavo y último, el carpintero que fué el encargado á bordo de la destrucción del *Foederis Arca*, y uno de los principales asesinos, ha sido preso hace diez días en Tolon, y los culpables no pueden ya escapar á la severa acción de la justicia, que debe castigar un crimen tan horrendo de una manera ejemplar. La causa va á ser juzgada por el Consejo de Guerra y Marina de aquel departamento, y ya tendremos á nuestros lectores al corriente de su resultado.

J. BELZA.

CANTARES.

Un pensamiento me diste,
Yo le coloqué en mi pecho;
Y desde entonces va unido
Al mio tu pensamiento.

Nada el corazón sentía
Cuando por mi bien te ví;
Y ahora el corazón, bien mio,
No sabe más que sentir.

Madre, las penas me matan;
Quién las curará? La ausencia.
—¡Ay madre del alma mia,
No quiero curar mis penas!

Cuando otros ojos me miran
El alma está indiferente;
Cuando me miran los tuyos
No sé lo que el alma siente.

Dos deseos me combaten,
Verte y no verte, mi amor,
Y por no matar el uno,
Me van matando los dos.

Aunque las sombras le cubren,
Viendo estoy el cielo hermoso;
¿Que dónde le veo dices?
¿Dónde ha de ser? En tus ojos.

Yo estaba triste, y Adela
Borró mi tristeza un día;
Ella dió al alma esperanza,
Ella al corazón la dicha,
Ella al pensamiento alas

Y á mi mente fantasía;
Por ella goza un presente
Y de un porvenir mi vida;
Adela, ¡cuánto te debo!
Adela, ¡Dios te bendiga!

F. P. ECHEVARRIA.

MULHOUSE.

Capital de provincia del departamento del alto Rhin, Mulhouse es una ciudad de 45.887 habitantes, situada en una isla formada por el Ill, sobre el canal del Ródano al Rhin.

Segun los etimologistas, Mulhouse, en aleman *Mühlhausen*, se deriva su nombre de *mühle*, que quiere decir *molino* y de *haus* que significa *casa*. Aliada por espacio de siete siglos á los cantones suizos formó una pequeña república hasta el momento en que estalló la revolucion.

La primer fábrica de indianas fué fundada en aquella localidad por el año de 1746 por tres mulhusines: Santiago Schmalzer, Samuel Kœchlin y Juan Enrique Dolfus. En realidad, de estos tres asociados no habia más que uno que fuera fabricante, Schmalzer. Dolfus, artista pintor, daba los dibujos, y Samuel suministraba los fondos; pero lo cierto es que los beneficios que reportaron de su empresa fueron enormes.

En el dia Mulhouse es particularmente célebre por sus fábricas de tegidos estampados y de mouselina. La ciudad se divide en dos barrios: la villa antigua y la moderna, á la que se da el título de *pequeño Paris*.

Entre sus monumentos los hay algunos de gran mérito, tal como la casa de la ciudad (*Hotel de Ville*), construida en 1551; la iglesia, el templo protestante, la sinagoga, el monumento elevado á la memoria del astrónomo Lambert, la estacion del camino de hierro; y finalmente, el canal del Ródano al Rhin, una de las más grandes y más útiles empresas realizadas en aquel país.

LOS LADRONES DE ANTAÑO Y LOS DE OGAÑO.

(Continuacion.)

El rey habia acrecentado considerablemente su tesoro cuando el arquitecto, que aun no habia hecho mal uso de su ingeniosa obra, sintió que su fin se aproximaba, y llamando á sus hijos cerca del lecho de muerte, les confió su secreto y el mecanismo de la piedra giratoria. Murió el padre al cabo de algunos dias y los hijos, impacientes por poseer las riquezas del rey, no tardaron en dar el primer abance al ansiado tesoro. Encontraron efectivamente la piedra designada, ésta giró con la mayor facilidad, y en la primera visita salieron cargados con gran cantidad de oro, plata y pedrerías.

Cuando el rey se apercibió de aquella sustraccion, le fué imposible acusar á nadie, porque el sello que colocaba siempre sobre la cerradura estaba intacto, y en la puerta no habia habido violencia ni fraccion alguna. Su sorpresa aumentaba al notar diariamente nuevas sustracciones, hasta que al fin se decidió, para cojer al ladron, á construir trampas y lazos que colocó por su propia mano en los puntos más á propósito de la habitacion. Efectivamente, cuando los dos ladrones entraron aquella noche, como lo tenian de costumbre, uno de ellos, el primero que pisó la real estancia fué cogido en el lazo por el cuello. Reconociendo ambos su crítica situacion, el primero dijo al segundo que, tomando prudentes precauciones, entrase tambien en la estancia y le cortase la cabeza, pues de este modo no podria ser reconocido, y se salvaria así el honor de la familia. El hermano menor pensó que era muy justo el razonamiento, cortó la cabeza al mayor y en un saco se la llevó á su casa. Tan luego como se hizo de dia, el rey fué de nuevo á visitar su tesoro, y aquel cuerpo sin cabeza, preso en el lazo, no hizo más que redoblar su sorpresa y perplejidad. Despues de haber reflexionado mucho, mandó colgar aquel cuerpo ensangrentado de una de las almenas en las murallas de la ciudad, colocando centinelas en los alrededores, con orden de prender inmediatamente á toda persona de cualquier clase ó condicion que fuere, que á la sola vista del cadáver

significase con lágrimas ó de cualquier otro modo, interés ó sentimiento por el decapitado.

La viuda del arquitecto vivia aun, y al saber el sangriento fin de su hijo, reprochó al más pequeño el haber abandonado á su hermano, amenazándole con denunciarle ella misma sino conseguia apoderarse inmediatamente por la fuerza ó por la astucia de los sangrientos despojos de su querido hijo.

El ladron, asustado con esta amenaza, recurrió á una estratagema para satisfacer el dolor maternal. Cargó sobre dos asnos algunos pellejos de vino, y los condujo al sitio donde se hallaban apostados los centinelas, y al pasar cerca de ellos desató algunos de los cordeles y en su consecuencia empezó á derramarse el vino. A los fingidos gritos de desesperacion del manco, los soldados acudieron á ayudarle y atar nuevamente los pellejos, y entonces el muchacho en justa recompensa los convidó á beber hasta que consiguió emborracharlos y que se quedasen dormidos. Durante su sueño el ladron desató del clavo en que se hallaba suspendido el cadáver de su hermano, y fué á llevarlo inmediatamente á su madre, que derramó sobre él abundantes lágrimas, dándole despues una ignorada sepultura. El rey entonces, viendo burlado, usó toda clase de astucias y estratagemas para descubrir al ladron; pero todo fué inútil, hasta que cansado ya y picada vivamente su curiosidad, hizo publicar un bando en el cual ofrecia su perdon al criminal, y hasta una crecida recompensa si se denunciaba él mismo.

Confiado en la palabra real, el hijo del arquitecto se presentó en palacio y se arrojó á los piés del monarca. Rhampsinitus, despues de haberle escuchado y significado su grande admiracion, le ofreció la mano de su hija, declarando que le miraba como al más hábil, al más audaz y al más ingenioso de los hombres.

Esta sencilla relacion del buen Herodoto, no es la única que se podria invocar para demostrar que los egipcios han concedido en todos tiempos una importancia real y positiva á los ladrones. Aun en el dia puede decirse, sin temor de ser desmentidos, que el que gobierna la nacion egipcia es más bien un capitán de bandoleros, que no el jefe supremo de un Estado. Los viajeros que han visitado recientemente aquellos sitios, cuentan que aquel país se halla dividido en departamentos de sustraccion, y que los intereses de cada departamento se hallan bajo la vigilancia de un ladron principal. Este jefe es responsable para con el gobierno, y en su consecuencia los agentes inferiores de la profesion oficial, deben comunicarle sus nombres y tenerle al corriente de todas las operaciones felices (robos) que practiquen en su localidad respectiva. Los viajeros que tienen alguna reclamacion que hacer deben dirigirse al gobierno, el cual los envia al jefe de los ladrones del departamento donde se cometió el robo, y éste se encarga de buscar y devolver los objetos robados, deduciendo el 25 por 100 de su valor total. Esta cofradía de ladrones regimentados, seria positivamente la mejor policia contra todo malhechor que quisiese emprender trabajos de esta naturaleza por cuenta propia y esclusiva.

En todos los pueblos del Oriente se encuentra algo de este sistema; verdad es que el Oriente es la madre patria de los ladrones. Sin embargo, el ladron oriental tiene tambien su honor y su heroismo, y la historia de Yacoub Ben-Laith, fundador de la dinastia soffárida, en la Persia, nos presenta una prueba y un ejemplo palpable.

Cansado de trabajar rudamente en su herrería desde la mañana á la noche, y desde el primer dia del año hasta el último, sin haber ganado, en último resultado, sino lo escasamente preciso para atender á su subsistencia, Yacoub acabó por tomar odio y aborrecimiento á la fragua y al martillo, y se decidió á abrazar la profesion de caballero á la luz de la luna, segun la espresion gráfica de Shakespeare. Yacoub ejerció, sin embargo, segun cuentan, su nueva profesion con tal nobleza y caballerosidad, que jamás desvalijaba al prójimo sin dejarle alguna cosa; y el dinero que con tanta esposicion adquiria lo distribuia entre los pobres, reservándose únicamente la cuarta parte del botin. Una noche Yacoub se atrevió á penetrar en el palacio de Darham, príncipe del Segasten, el cual era inmensamente rico. Al cabo de media hora el ladron habia conseguido apoderarse de un espléndido y magnífico botin, cuando al retirarse á oscuras tropezó con un cuerpo duro que á poco le hizo dar con el suyo en tierra. Tratando de investigar la causa, recogió una piedra que llevó á los labios para asegurarse de lo que era y se halló con un ladrillo de sal. Inmediatamente

arrojó lejos de sí y lleno de terror todos los objetos robados, y que representaban la fortuna de un príncipe. ¿Qué motivaba aquel repentino terror? En el lenguaje oriental, haber gustado la sal en cualquier casa, equivale á haber aceptado la hospitalidad en ella, y los deberes que este solo hecho impone son altamente sagrados; así que, Yacoub depositó en el suelo todas las riquisimas alhajas que acababa de robar, y escapó silencioso por donde habia entrado y con las manos vacias.

Al dia siguiente el desorden que reinaba en la habitacion donde Yacoub habia arrojado su botin, mostró claramente á toda la corte que en palacio se habia intentado un robo. Las sospechas recayeron en el verdadero culpable, y éste fué arrestado y conducido á la presencia del rey, donde confesó francamente su crimen y la razon por la cual no lo pudo llevar á cabo. El rey entonces, queriendo honrar en Yacoub el sentimiento del honor lo empleó en su servicio, confiándole los negocios más importantes del reino; todos aquellos, en fin, que por sus condiciones especiales y delicadas exigian el concurso y la cooperacion de un hombre leal y valeroso. Escalon por escalon, Yacoub fué elevándose al poder; llegó primero á ser príncipe, y últimamente soberano de un magnífico imperio. Otro rey de Persia, Khourim-Khan, confesaba sin ruborizarse, que habia sido ladron, y con la mayor sencillez del mundo se entretenia en referir á sus súbditos algunas hazañas de su vida pasada, proezas que en nuestros dias, no solo se mirarian como casos de conciencia, sino que arrastrarian consigo la imposicion de un grillete y de una cadena.

J. BELZA.

(Se continuará.)

VALPARAISO.

Por correcto que sea el dibujo, por extraordinario mérito que tenga el grabado en que representamos hoy la maravillosa ciudad de Valparaiso, no es posible, carísimos lectores, que podais formaros una idea exacta de lo que es esta ciudad. Valparaiso significa en portugués, *Valle del Paraiso*. Figuraos, pues, un cielo espléndido, una atmósfera aterciopelada, una vegetacion lujurante; en fin, todas las magnificencias de la naturaleza reunidas en un solo punto.

Valparaiso forma parte del estado de Chile, siendo Santiago su capital. Esta hermosa ciudad fué destruida en gran parte y por dos veces por los temblores de tierra, en 1822 y en 1829, y más tarde, en 1843, un horroroso incendio destruyó sus principales barrios.

En el dia se albergan en su recinto 45,000 habitantes, y su puerto es frecuentado por buques de todas las naciones, que van allí á cambiar sus productos por metales preciosos, oro, plata, platina, ricas pieles, etc. Chile fué la que destruyó los sueños de ambicion de un francés (Mr. de Tonneus) que se proclamó rey de Araucania bajo el nombre de Orelío I. Este desgraciado monarca fué entregado á las autoridades chilenas, vendido por su criado en el precio de 1,250 francos.

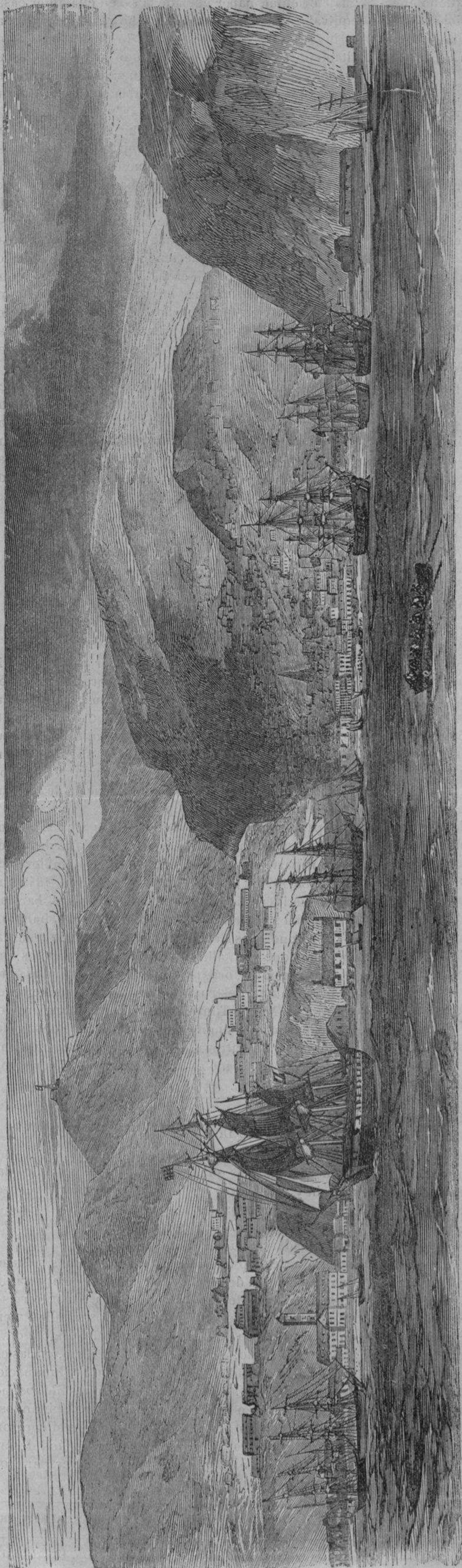
LAS FIESTAS DEL 15 DE AGOSTO EN PARIS.

Las dos láminas que en el centro del periódico damos hoy á nuestros lectores, representan el espectáculo que en todas sus fases dan vida y animacion á las fiestas que el dia 15 de agosto se verifican en París, llamadas fiestas del Emperador.

Seria necesario un volumen si hubiéramos de hacer una descripcion detallada. Esa multitud compacta, infatigable, ávida de ver y de gozar, la encontrareis á un mismo tiempo en la estension de los muelles, viendo las regatas, en la esplanada de los Inválidos, en la barrera del trono, en los fuegos de artificio, en las cucañas, á la entrada de los teatros, en la iluminacion de la plaza de la Concordia, en los Campos Eliseos, por todas partes, en fin, reproduciéndose, apiñándose, con la sonrisa en los labios y la alegría en el corazon. Cuadro, que como ya hemos dicho, no es fácil describir en pocas lineas, y que es necesario ver para formarse una idea exacta de lo que es.

Propietario y editor responsable, PEDRO AUGUSTO LAMARTINIÈRE.

MADRID: 1865.—Imprenta de R. LABAJOS, Cabeza, 12, principal.



VALPARAISO.

EL R. P. FÉLIX.

El nombre casi europeo que ha adquirido tan legítimamente este célebre personaje, nos deciden á dar su retrato en nuestro semanario.

El eminente orador religioso que ocupa en la Cuarema y en Nuestra Señora de París la cátedra de San Pedro, ilustrada por Ravignan, Lacordaire, Dupanloup, etc., y que á escuchar su voz evangélica acude siempre una multitud respetuosamente impresionada, debía ocupar un lugar en nuestras páginas, como una de nuestras eminencias contemporáneas. La elevada elocuencia del P. Félix es demasiado conocida para que nos detengamos aquí á hacer un elogio de que no ha menester. Empezó á predicar en 1851.

Nació en *Newville-sur Escant*, en el departamento del Norte. Octavo hijo de una honrada familia, el P. Félix cuenta ya cincuenta y dos años de edad, y sin embargo, por su fisonomía y su robustez física no representa más de treinta y cinco. «Es la juventud del alma, que se refleja en sus facciones.»

Después de haber hecho sus primeros estudios, ingresó en 1837 en la Compañía de Jesús, esos *granaderos del fanatismo*, como decía Diderot, pero también esos *valerosos remeros de la barca de Pedro*, como decía Pio VII.

Por indiferente que sea vuestra alma á cierta clase de sensaciones, si hacéis un viaje á París, procurad escuchar alguna vez á ese eminente orador sagrado, que de seguro siempre quedará alguna cosa buena en vuestro corazón; y aquellos de nuestros lectores que no pueden verle ni oírle, contemplen su retrato, y en él verán reflejada la honradez, la bondad, y el sello, en fin, de todas las virtudes cristianas.



EL R. P. FÉLIX,

Predicador en la Cuarema, de Nuestra Señora de París.

SANTIAGO FOSSE.

Fosse nació en Saint-Gilles (Gard).

A los once años, en Beaucuire, donde su familia se había establecido, el generoso y esforzado niño salvó la vida á un joven de diez y ocho años, que ya iba á ahogarse en la corriente del río. A los veinte años había igualmente salvado la vida á quince personas más.

Pero no ha sido únicamente á la impetuosa corriente de las aguas á las que Santiago Fosse ha arrancado innumerables víctimas. Cuando la invasión del cólera en 1854, fué la admiración de sus conciudadanos por su sangre fría, su abnegación, su valor, luchando con la terrible epidemia, desafiando á la muerte por asistir y cuidar con un cariño paternal á todos los invadidos.

En 1858 salvó del hambre y de una muerte cierta, arrojando toda clase de peligros, á toda la villa de Valabregues, invadida de una espantosa inundación.

En más de un incendio lo hemos visto atravesar por en medio de las llamas, sobre vigas y piedras calcinadas, espuesto á perecer á cada instante por salvar aun más víctimas.

Ese modelo de abnegación heroica, ese luchador infatigable en favor del prójimo; lleva en el día cubierto su pecho de medallas y condecoraciones de todos los países, entre las cuales brilla la cruz de la Legion de Honor y la de San Gregorio el Grande.

Un aplauso para los gobiernos que se honran honrando como es debido á tales hombres, á estos privilegiados seres, que despreciando la vida, dejándose arrastrar únicamente por los nobles, los caritativos instintos de su corazón, se sacrifican gustosos en obsequio de la humanidad, sin dar importancia al mérito de sus caritativas obras.



SANTIAGO FOSSE,

Presidente de la sociedad de Salvadores del Mediterráneo.